

RECONCILIACION O REVANCHA

Quando se leen crónicas periodísticas o textos políticos de los años treinta no puede menos de sentirse un escalofrío al percibir la clarividencia con la que los diversos autores reconocen que la primera guerra mundial no había servido para nada, o peor aún, había servido para hacer al mundo más miserable, y ven sin embargo como algo inminente e inevitable el estallido de un segundo conflicto que va a poner las cosas aún peor.

Hoy no estamos en una situación idéntica. Pero hay rasgos semejantes que no dejan de aterrar. Europa entera se ha lanzado una vez más a las calles protestando inútilmente contra el emplazamiento en su territorio de unos misiles que hacen cada vez más posible un holocausto nuclear. El pueblo norteamericano contempla aterrorizado un serie televisiva donde premonitoriamente se describe la destrucción total de una de sus ciudades. Los organismos internacionales se debaten como guiñoles impotentes ante los cada vez más numerosos focos de conflicto que revientan en mil rincones del mundo. La opinión pública, hoy mucho más poderosa que en el pasado, sigue siendo ridículamente inoperante frente a unos poderes que manejan sus vidas y trazan irresponsablemente su futuro.

En tales circunstancias urge dramáticamente hacer llamados clamorosos a la reconciliación entre bloques y pueblos. Pero las voces morales de las naciones son cada vez más conscientes también de lo muy poco que pueden hacer las exhortaciones en un mundo que se mueve por presiones más fuertes que la voluntad particular de las personas.

Venezuela, aunque en tono menor y con menor conciencia de peligro, no se sustrae tampoco a este sentimiento global de estar al borde de una crisis ante la que nada ni nadie van a ser ya nunca como antes.

Y también a nuestro país, después de las elecciones, parecen abrirsele dos posibilidades contradictorias: la reconciliación o la revancha.

Hay elementos que parecerían apuntar en la primera dirección: los deseos de algo distinto que siempre acompañan al comienzo de un nuevo año, el margen de esperanza creado por las expectativas que acompañan a un nuevo gobierno; la prometida implementación de un pacto social que trabaje con el consenso de las diversas fuerzas nacionales.

Pero tampoco faltan tendencias que favorecen el revanchismo. La derrota electoral en raros casos ha servido para autoexaminarse, y en muchos ha empujado a escupir responsabilidades hacia afuera. El desbordamiento incontenible de nuevos casos de corrupción van agotando las reservas de paciencia de un país que se sabe depredado y engañado por quienes lo administran. Las perspectivas económicas nada estimulantes impulsan a la rebatiña y a romper todas las barreras de convivencia en un sálvese quien pueda.

Quisiéramos apostar a que triunfen los anhelos de reconciliación.

Las dificultades son inmensas. Primero porque la reconciliación debe comenzar por un autoexamen riguroso y sin complacencias, en el que cada uno mire hacia afuera y considere a quién le está haciendo agravio. Y ese mirar hacia afuera supone la capacidad de salirse del círculo estrecho que refuerza nuestro modo de ser y de pensar, para mirarnos con los ojos de quienes se sienten ofendidos por nosotros. Capacidad muy difícil, algunos dirían que imposible, y que supera las buenas intenciones, en muchos casos además ausentes, de quienes deberíamos introducirnos en ese proceso.

Difícil también porque la reconciliación hoy ya no se puede lograr con un simple propósito de borrón y cuenta nueva. No es posible la paz sin la justicia, se ha dicho ya hasta saturarnos. No es posible imaginar que se puede partir colectivamente de cero cuando son tan grandes las diferencias.

Difícil en fin porque la tarea es inmensa y los caminos escasos, oscuros y estrechos. Y algunos de ellos ya han sido recorridos y agotados sin éxito.

Los movimientos políticos, por ejemplo, que propugnan en Venezuela un cambio de estructuras a favor del pueblo, deberían reflexionar muy seriamente por qué ese mismo pueblo los rechaza y los derrota con una persistencia contundente. Conformarse de forma autocomplaciente con echar la culpa a los lavados de cerebro del sistema es algo estúpidamente irresponsable. Acusarse de no haberse acercado suficientemente al pueblo para ofrecerle una propuesta alternativa es más acertado. Pero aún así habría que preguntarse también si en ese rechazo no hay, entre otras cosas, una inmensa sed popular de reconciliación que no se siente apaciguada, sino al contrario, por los fanatismos absolutistas y mesiánicos de quienes, en una interminable pelea de purgas internas y cerriles purismos doctrinales dicen ofrecer las perspectivas de un mundo diferente.

Y las otras vías más independientes no han tenido un éxito mayor. La opinión pública y las organizaciones no oficiales, ensayadas afanosamente en los últimos años en países del primer mundo, son poco más que una brizna de paja en un ciclón. ¿Seremos capaces de llegar más lejos comenzando más tarde? ¿O podremos quizás encontrar formas de acción no ensayadas más allá de nuestras fronteras?

Difícil, pero no imposible. Porque encontramos a diario en Venezuela, como en otras partes, núcleos significativos de personas dispuestas a salir de la pasividad y a romper la inercia. Algunos artículos de este número de SIC muestran algunos ejemplos que no agotan, ni mucho menos, el elenco.

Es urgente no cejar en la búsqueda inventiva y tenaz de nuevas formas de convivencia que hoy ni siquiera se vislumbran. Es nuestro futuro el que está en juego y tenemos el presente entre las manos. El deseo apremiante de paz, justicia y bienestar de una inmensa mayoría algún día, esperamos, se verá colmado.